

Entrevistas

ENTREVISTA CON PIERRE FAURE

El momento histórico en que aparece Pierre Faure en el campo de la acción pedagógica (1945) es el de la gran expansión de la Escuela Nueva. Antes de 1940, Pierre Faure estaba convencido de que se imponía una reforma de la enseñanza basada e inspirada en un conocimiento concreto y profundo del alumno. No se trataba tanto de cambiar unos métodos para que maestros y educadores actúen mejor con ellos, sino cambiar, en definitiva, el mismo concepto de educación. Pierre Faure busca, pues, una reforma más profunda que la del método.

Pierre Faure a partir de la influencia de Itard, Seguin, Montessori, Lubienska, Piaget... elabora una pedagogía personalista y comunitaria, orientada a que el hombre desarrolle su responsabilidad con los demás miembros de la comunidad social en la que vive.

Desde su propio compromiso, Faure da una respuesta actual a los interrogantes sobre la escuela y su misión. Fundador de tres escuelas de formación de profesores (París), su didáctica está concebida desde una pedagogía que implica la totalidad de la persona. De ahí los supuestos de su estrategia educativa, que gira en torno a los aspectos personales por excelencia: importancia de una toma de conciencia personal de sí; importancia de la capacidad de respuesta libre y personal; importancia del descubrimiento personal de los valores y la capacidad de compromiso; importancia de, una vez descubiertos los valores, el asumirlos personalmente; importancia de la creación y realización del original y personal proyecto de vida: la autorrealización. Y todo ello para hacer efectivo el supuesto fundamental de la persona: ser libre.

R.E.: ¿Puede una educación y una enseñanza personalizada y comunitaria en la crisis que atraviesa la escuela aportar una respuesta válida a la protesta de los alumnos, a las preocupaciones de los profesores y de los padres?

P.F.: Ciertamente no puede resolver al mismo tiempo los problemas planteados por esta crisis de la escuela desde el punto de vista de las instituciones y la administración escolar y desde el de las aptitudes psicológicas

y pedagógicas. Sin embargo, una educación resueltamente personalizada y comunitaria ayuda a entrever soluciones válidas a partir de la realidad actualmente vivida en las escuelas. Efectivamente, ésta responde a las profundas aspiraciones de los jóvenes de cualquier edad por alcanzar su autonomía, por desarrollarse personalmente, al tiempo que hace ejercitar sus auténticas responsabilidades en el medio ambiente en que se desarrollan y, ya a partir de la escuela, en el seno de los grupos que ellos constituyen espontáneamente en cada clase, en cada escuela.

Hoy más que nunca los jóvenes quieren ser capaces de organizarse y de aceptar sus responsabilidades personales y sociales. Quieren ser considerados seriamente, quieren ser considerados como personas. Desde esta perspectiva aceptan perfectamente a los adultos que les ayudan a llegar a ser ellos mismos en mayor medida, de la misma manera respetan la autoridad en cuanto la reconocen indispensable. En consecuencia, aceptan la institución en cuanto que son considerados miembros conscientes y responsables.

Desde otro punto de vista, esta formación les ayuda a aceptar las selecciones necesarias y a hacerlas honor en cuanto se encuentran acostumbrados a considerar como válidos no tanto los exámenes y las notas como las adquisiciones realmente realizadas, siendo conscientes de que son éstas las que confieren un valor auténtico tanto en el ámbito del saber como en la vida. Esto es lo que hace terminar con las protestas o lo que las convierte en muy positivas.

R.E.: ¿Hasta qué punto se puede decir que esta educación constituye un factor de cambio social? ¿Se ha realizado alguna experiencia en torno a ello?

P.F.: Es todavía demasiado temprano para poder evaluar las repercusiones de esta educación personalizada y comunitaria al llegar a la edad adulta y dentro de la sociedad. De todas maneras, ya a partir de ahora es posible subrayar que los profesores que la practican ven transformado su espíritu y, entre ellos, cambian la forma de relaciones. Se ven llevados a prestarse una ayuda mutua, a colaborar, a responsabilizarse realmente no sólo de su clase, sino también de las preocupaciones de la escuela. Se muestran deseosos de realizar progresos pedagógicos y se unen para trabajar en ello. También los padres modifican sus actitudes, tanto desde el punto de vista de la educación de sus hijos en el hogar como en sus relaciones con la escuela. Aceptan sus responsabilidades de forma más voluntaria y con una mayor fidelidad a ellas. En fin, la propia mentalidad, gracias a estas realizaciones, abandona puntos de vista estrechos: la escuela ya no viene a ser considerada como una guardería, como un asilo protector de la infancia en la opinión que de ella se tenía a lo largo del siglo XIX, como la máquina de fabricar diplomas y de excluir a los incapaces o a los desafortunados. Ha nacido una conciencia deseosa de que la escuela esté cerca de la vida familiar y ciudadana, que prepare a cada uno, cualesquiera que sean sus aptitudes, sin abandonar a su suerte a los niños que les son confiados. Acepta, aunque sea poco a poco, a los disminuidos de forma más voluntaria que anteriormente. Estos encuentran su lugar. En la medida posible se les prepara para su recepción en el campo profesional.

Esto constituye ya una gran evolución hacia la justicia social: el respeto

a cada persona, la ayuda prestada a cada persona, gracias a la organización de una educación y una enseñanza personalizada y comunitaria. Esta evolución de la mentalidad apenas si ha comenzado, pero es real. Se puede dar una señal. En cualquier parte en donde existen conjuntos escolares practicando una enseñanza personalizada, las repeticiones, los cursillos, las segregaciones se encuentran en regresión, los sistemas de puntuación se vuelven más flexibles. En algunas ocasiones se crean secciones destinadas a los niños disminuidos que permiten a estos jóvenes vivir en la escuela junto con sus compañeros y contando con su ayuda.

R.E.: Dice usted que nadie es «persona», pero que todos estamos llamados a serlo. ¿Podría explicar esta afirmación?

P.F.: En todo tiempo ha podido constatarse, y así se ha dicho, que cada uno *conquista* su personalidad. En este sentido, no se nace con ella. La psicología contemporánea insiste en la necesidad de aprender con el fin de desarrollar no sólo los conocimientos, sino también las aptitudes. La pedagogía —se dice— debería tener como papel el favorecer este aprendizaje, indicando las mejores condiciones, investigando los medios más válidos. No se encuentra dirigida únicamente a hacer aprender, sino también aprender a aprender. Esto se ha convertido en algo completamente evidente, constituye una verdadera conquista de las ciencias de la educación que no puede ya ponerse en tela de juicio. Lo mismo sucede en relación con la construcción de la personalidad. La razón es simple: el ser humano tiene la posibilidad y el privilegio de unificar todo lo que recibe del exterior y de explotar a su modo el capital que constituye su herencia. Por medio de acciones y reacciones, por iniciativas interiormente unificadas y en la medida en que lo están, toma conciencia de que es él quien se mueve y piensa, quien elige y quiere, quien decide de que es una persona responsable y autónoma.

Toda pedagogía que tiene en cuenta este hecho psíquico, esta ley psicológica, ayuda a la personalidad a construirse. En diversas ocasiones hemos expuesto de forma muy simple por qué es necesario que los medios y las técnicas de enseñanza y educación, que las clases y todo el conjunto del sistema escolar se encuentren personalizados. Por otra parte, y partiendo de un mismo movimiento de unificación interior, la persona que llega a ser más consciente de sí misma se encuentra irremediablemente volcada hacia los otros, a comunicarse con los otros, a participar en las propias riquezas mediante actividades comunitarias. Se trata de una verificación experimental de aquello que nos dicen los grandes psicólogos contemporáneos; la necesidad de relacionarse es una necesidad primaria, que se encuentra presente en todos los niveles del desarrollo. No existe una persona en camino de realizarse que al mismo tiempo no se convierta en más «personal» y más «social». Cuando falta alguna de estas dos dimensiones se presenta una falla, en determinadas ocasiones problemas psíquicos constatables.

R.E.: ¿En qué medida esta educación personalizada y comunitaria abre el camino de la educación permanente?

P.F.: Mediante la observación es posible constatarlo en la juventud. El niño que se beneficia de una forma personalizada de enseñanza se vuelve cu-

rioso, ávido de progreso. No se contenta con lo que aprende, quiere ir más allá. Adquiere el gusto, casi la necesidad de investigar. Se acostumbra a buscar las fuentes, a observar, a documentarse. Aprende a buscar y a encontrar. Podría decirse que no puede soportar las cosas finalizadas, lo definitivamente aprendido. Las técnicas de programación, de individualización, las directrices de trabajo presentadas en términos de investigación, invitan a ello. Por último, gusta de trabajar personalmente sin que nada ni nadie le obligue a ello. Estas son las bases duraderas de toda educación permanente.

R.E.: ¿Qué reforma de la formación de los profesores sería necesario introducir?

P.F.: Intentar poner en marcha formas de enseñanza y educación personalizada requiere de una formación de los profesores y, sobre todo de un cambio de espíritu por parte de éstos. Se adquieren principalmente mediante la experimentación y la observación. Por consiguiente, si tenemos que formular un deseo con el fin de que la formación de los profesores resulte más válida, diremos que su formación debe incluir un número igual de prácticas que de clases y, en la medida de lo posible, estrechos vínculos entre ambas. Esto es lo que modestamente realizamos en las sesiones pedagógicas en las que la observación de niños reales en clases reales ocupa la mitad del horario. Es también lo que realizamos en los centros de formación pedagógica que he podido ayudar a organizar. En cada uno de los dos años de formación se incluyen un 50 por 100 de prácticas. Añadiremos que las clases constituyen también una ocasión para preparaciones, lecturas, trabajos personales y exposiciones al grupo. En pocas palabras, la formación de los profesores debe ser aún más personalizada y comunitaria que la de sus alumnos. Sólo la experiencia personal, vivida, instruye y convence.

R.E.: ¿Cuáles son los requisitos que deben reunir los profesores que quieren trabajar de esta forma?

P.F.: Resulta muy difícil contestar a esta pregunta; sin embargo, es indispensable y honesto responder claramente a esta cuestión.

Aquel que quiere practicar una enseñanza personalizada y comunitaria debe comprender que es necesario percibir el objetivo, su alcance y su espíritu. Con frecuencia les será necesario preguntarse lealmente si no se desvían del objetivo contentándose con pequeños medios. Deseará ser educador y no sólo docente, animador de sus alumnos y no sólo su maestro. Necesita animarse a sí mismo y tomar las medidas necesarias: reflexión, observación, puesta en tela de juicio y también iniciativa para buscar los mejores medios para el grupo que constituye su clase y para cada uno de sus alumnos.

De ello se deriva una exigencia: no existe enseñanza personalizada sin la preocupación de cada persona, sin el respeto a la personalidad, a lo que cada uno ha adquirido, a su carácter, a sus posibilidades, casi siempre subestimadas, a su ritmo de adquisición. De esta forma el profesor se convierte no sólo en animador y educador, sino también en psicólogo.

Otra exigencia: buscar sin descanso el verdadero progreso, interior y de asimilación, en vez del resultado inmediato; buscar el trabajo, las obras

que hacen reflexionar y que ayudan a encontrar por uno mismo los textos y los autores que enriquecen, en vez de los manuales y los resúmenes. Buscamos también aquello que abre horizontes y fecunda el espíritu, asegurando, sin embargo, con firmeza en cada asignatura las bases que permiten a los niños liberarse de las ideas preconcebidas que les permiten crear. Es una actitud personalista en todo.

Añadimos a ello la preocupación por ayudar a cada niño a expresarse, a utilizar a su manera lo que ha entendido y asimilado y a hacer participar a los otros, a los demás, en una preocupación por la ayuda mutua, capaz de crear un clima agradable, auténticamente social dentro del grupo, después de haber entendido personalmente, después de haber adquirido conocimientos o un saber hacer.

Las lecturas pueden ayudar a los profesores, sobre todo las relativas a informes sobre experiencias realizadas. Las visitas a escuelas o clases pueden también motivar; en algunas ocasiones constituyen una revelación. Las sesiones pedagógicas, que ya han sido repetidas varias veces, se han mostrado con frecuencia eficaces.

La organización «in situ» de reuniones de profesores, de intercambios entre los profesores noveles o veteranos, siempre que sea posible, permite a todo el mundo realizar intercambios y progresar. Sin embargo, es preciso que ello sea deseado, que sea querido y que se persevere en ello. En una palabra, no existe una formación pedagógica mejorada cuando no se desea o quiere «personalmente». Por último, la formación es mejor y más eficaz, y se convierte en algo comunitario. Las administraciones escolares, las direcciones de escuelas, pueden facilitar en gran medida estos intercambios, estas reuniones, este espíritu comunitario. Podríamos también añadir nuevos aspectos que han de convertirse en indispensables. Esta formación no puede reducirse a los profesores, debe llevar sus frutos a las familias, en la medida de lo posible, debe asociar a los padres a la formación del niño y a la marcha de la escuela.